

CREACIÓN



CUIDAR LA CASA COMÚN: HACIA EL CAMBIO SISTÉMICO

Mauricio López Oropeza¹

Resumen

El autor llama a la Vida Consagrada a seguir encarnando proféticamente el Cambio Sistémico para que exista un pleno equilibrio de relación y cuidado de nuestra vida y con nuestra hermana madre tierra. Nos invita, con el Papa Francisco, a seguir empeñadas/os en poner en práctica una adecuada ecología integral, conectada con el cuidado de la vida y de toda vida, acatando y realizando las tareas pendientes señaladas tanto en Laudato Si' como, muy recientemente, en Laudate Deum.

Palabras Claves: Cambio Sistémico, Ecología Integral, Cuidado, Madre-tierra, sostenibilidad, crisis.

1. La comunión con nuestra hermana-madre tierra, único camino para una sostenibilidad existencial en esta emergencia

"Arrancaron nuestros frutos, cortaron nuestras ramas, quemaron nuestros troncos, pero no pudieron matar nuestras raíces". Popol Vuh – Libro sagrado de los Mayas.

En el libro del Génesis, después de la tragedia planetaria del gran diluvio, se expresa un signo del anhelo de Dios para que la humanidad viva una conversión real y profunda, un momento esencial para que en el mundo

¹ Mexicano de nacimiento, ecuatoriano por elección y amazónico por vocación. Casado con Ana Lucía Torres, vive y trabaja en Ecuador. Vicepresidente de CEAMA y director fundador del Programa Universitario Amazónico – PUAM. En comunión con muchas otras personas, ha facilitado la creación de redes territoriales, ecológicas y de acción pastoral dentro de la Iglesia, inspirado por sus experiencias de estudio y trabajo con los Jesuitas en entornos sociales, universitarios y de tejido de redes. Fue cofundador y primer secretario ejecutivo de la REPAM (Red Eclesial Panamazónica). Participó en la Asamblea Sinodal como auditor y como miembro de la comisión de información. Fue director del Centro de Programas y Redes de Acción Pastoral del CELAM entre 2020 y 2023, y responsable del proceso de escucha en la 1era. Asamblea Eclesial de América Latina y el Caribe. En 2021, fue nombrado por el Papa Francisco miembro del Dicasterio Vaticano para la Promoción del Desarrollo Humano Integral. Es miembro de la comisión metodológica del Sínodo de la Sinodalidad y fue el coordinador de la comisión responsable de animar y acompañar la fase continental del Sínodo en los 7 continentes-regiones del mundo.

de hoy podamos encontrar algo de sentido a nuestra actual crisis socio-ambiental y a lo vivido en la pandemia del Covid-19 que sigue vigente. Dios hace una promesa que quiere ser el sustento de todo lo que habrá de venir a nuestra historia de seres humanos miembros de una casa común con posibilidad de salir de esta emergencia. Se trata de una alianza sobre la cual debemos poner toda nuestra fe, esperanzas y acciones, creyendo de verdad en una posible nueva civilización que emerja de esta crisis².

Dios dijo a Noé, y nos dice contundentemente a todos nosotras/os hoy: *"Voy a establecer una alianza con ustedes, con sus descendientes y con todos los seres vivos que los han acompañado... con todos los animales que han salido del arca con ustedes y que ahora pueblan la tierra. Ésta es mi alianza con ustedes: ningún ser vivo volverá a ser exterminado por las aguas del diluvio, ni tendrá lugar otro diluvio que destruya la tierra"* (Gn 9,9-11).

En medio de un mundo actual en el que en buena medida se ha perdido la conexión con el sentido de misterio, con lo sagrado que se expresa en todo lo creado, y donde la experiencia fraticida sigue marcando muchas de nuestras relaciones, sea por acción o por omisión, es imprescindible abrazar esta promesa. Para temor de aquellos que se cierran en sí mismos y quienes ven amenazas en todos los cambios necesarios que nos permitan recuperar el inaplazable equilibrio en nuestra vida, y en la relación con nuestra hermana madre tierra, Dios mismo hace una promesa bio-céntrica. Es decir, Dios promete a todos los seres que han sobrevivido el diluvio, hablando en primera persona, que no habrá otra expresión de desconexión con ellos expresada en la aniquilación de la vida. Dios hace una promesa que hoy podemos interpretar en lo que el Papa Francisco llama la ecología integral. Una categoría que está en comunión con las innumerables expresiones de una fe cristiana conectada con el cuidado de la vida y de toda vida.

Dios mismo, en su alianza por la defensa de la vida, rompe con una visión meramente antropocéntrica. Sí, el ser humano es su ser amado creado a imagen y semejanza; pero en esta promesa nos hermana y hace parte interconectada con todos los seres creados y, por tanto, con la vida, y toda vida, en nuestra casa común.

En su promesa sigue diciendo: *"Ésta es la señal de la alianza que establezco para siempre con ustedes y todos los seres vivos que los han*

² Ver video: she's our mother (2) she's our mother, she can be saved... she's worth defending, worth dying for. - youtube

acompañado: pondré mi arco en las nubes; esa será la señal de mi alianza con la tierra. Cuando yo cubra de nubes la tierra y en las nubes aparezca el arco, me acordaré de mi alianza con ustedes y con todos los vivientes de la tierra..." (Gn 9,12-15). En tiempos de profunda tempestad, como los que vivimos hoy, y donde parece que los cielos están cargados de nubarrones: ¿somos capaces de encontrar el signo de la promesa de Dios de que la vida habrá de prevalecer? y, ¿creemos en su promesa?

Igual que Noé, hoy nosotras/os estamos llamados a asumir una opción esencial por el cuidado de la casa común; debemos plantar la primera viña que haga florecer la vida en su conjunto y que la colme de plenitud después de esta noche oscura de la pandemia que habrá de pasar. Para ello necesitamos abrazar la co-existencia y co-dependencia de unos con otros y con nuestra tierra que es fuente de vida, alimento y sustento, erradicando la dominante sociedad del descarte, del acaparamiento, de la destrucción de la tierra para enriquecer a muy pocos, de la vida centrada en la acumulación; para dar paso a una vida que asegure el equilibrio, la continuidad, la reciprocidad entre personas y la tierra, la solidaridad en las sociedades, con las futuras generaciones y con nuestro entorno, y una redistribución de los bienes de la creación para que todas y todos, sin dejar a nadie fuera, podamos tener vida y vida en abundancia (Jn 10,10).

A la luz de este llamado al cambio, me gustaría tomar los "rasgos característicos de la cosmología social occidental" y los "rasgos característicos de la estructura social occidental" de Johan Galtung (1980) presentados por Latouche (2012)³ para identificar, más allá de los diagnósticos, las causas estructurales de esta crisis ambiental asociada a una globalización sin límites y a una "cultura del descarte":

- Una concepción occidental centrista y universalista del espacio.
- Una concepción lineal del tiempo, centrada en el presente.
- Una concepción analítica, más que holística de la epistemología.
- Una concepción de las relaciones humanas en términos de dominación.
- Una división del trabajo vertical y centralizada.
- Un condicionamiento de la periferia por el centro.
- Una marginación: división social entre el afuera y el adentro.
- Una fragmentación: atomización de los individuos dentro de los grupos.
- Una segmentación: división dentro de los individuos.

³ Latouche, Serge (2012). "Límite". Editora Adriana Hidalgo.

La opción de la Iglesia, y en particular de la Vida Consagrada encarnada y profética, por un cambio sistémico ante esta situación está expresada bella y contundentemente en la Encíclica Laudato Si, antes referida, y se puede comprender sobre todo con esta afirmación:

“Si nos acercamos a la naturaleza y al ambiente sin esta apertura al estupor y a la maravilla, si ya no hablamos el lenguaje de la fraternidad y de la belleza en nuestra relación con el mundo, nuestras actitudes serán las del dominador, del consumidor o del mero explotador de recursos, incapaz de poner un límite a sus intereses inmediatos. En cambio, si nos sentimos íntimamente unidos a todo lo que existe, la sobriedad y el cuidado brotarán de modo espontáneo”. (Papa Francisco. Encíclica Laudato Si’. No. 11).⁴

En este sentido es necesario hacer una lectura personal, comunitaria y societal de esta Encíclica desde 3 perspectivas que nos ayuden en el camino hacia el cambio sistémico:

1. **“Metanoia”**. Llamado a una transformación profunda y radical del corazón. Es decir, un cambio serio y determinante, que me mueva a ser y a hacer desde una mirada distinta sobre mí mismo. Asumir el cambio hacia el cuidado de nuestra casa común y de todos los que en ella viven, significa repensar y replantear todo nuestro esquema de vida comenzando con esta conversión personal.
2. **“Alteridad”**. Esta palabra significa encontrar el sentido de la propia vida, incluso sobre mi propio misterio, a partir de los ojos y la existencia del otro/a. Mi esencia está fuertemente determinada por la capacidad de reconocer el misterio de la vida que me llena de plenitud en la medida en que me reconozco más allá de mí mismo, y en los ojos de los otros/as. Y en ese sentido, Laudato Si’ nos llama a dar un paso más al reconocer a la hermana-madre tierra como otra con quien tenemos una relación de interdependencia y de la cual provenimos.
3. **“Parresía”**. Significa el atrevimiento de entregarse, de hablar, y de actuar con coraje. Se trata de tener la valentía de hacer posible lo necesario ante esta crisis climática que sigue empeorando. Necesitamos preguntarnos si tenemos el valor de pasar del cambio interior, y del reconocimiento del otro/a, para llegar a una disposición

⁴ Ver Video: Niña que ve la lluvia por primera vez (2) Niña ve la lluvia por primera vez - HD - YouTube

por gastar la vida y entregarla por un anhelo y horizonte mayor al propio y ser un sujeto actuante y transformador de esta situación aún con las consecuencias que esto pueda tener. Crear nuevas estructuras y nuevas presencias para un cambio sistémico como VC a la luz de este llamado a la profecía parrésica y a la parresía profética.

Con este sustento, quiero ensayar de la mano de algunas claves para un cambio macro sistémico, casi cosmo-sistémico, del P. Teilhard de Chardin en su libro “El fenómeno humano” (1955), posibles horizontes y praxis que deben tornarse en esenciales para que nuestra Casa Común, la hermana madre tierra, pueda resucitar con Jesús:

1. **“La vida, por ser ascensión de consciencia, no podía continuar avanzando indefinidamente en su línea sin transformarse en profundidad”.** Esto significa que el afán por el consumo desmedido y todo el modelo económico que ha sustentado esta sociedad del descarte y de la inequidad, comienzan a llegar a su fin. La vida necesita un cambio profundo, una verdadera metanoia —conversión radical desde el interior—, y ello implica dar por terminado cualquier sistema que por desigual, injusto, y por ecocida-genocida-suicida no permitirá la vida futura. Este es el paso más complicado, pues este sistema, como ha dicho el Papa Francisco, “ya no da más”, y será un difícil camino acompañarlo a bien morir sin que succione tantas vidas más al caer.
2. **“Sólo a consecuencia de la cantidad de energía interior liberada por la reflexión... tiende entonces a emerger de los órganos materiales para formularse también en espíritu”.** Como consecuencia de la consciencia por esta emergencia socio-ambiental, se liberarán potencias de reflexión que estaban confinadas a un sitio marginal o que eran dominadas violentamente por posturas funcionales autorreferenciales y sostenidas en el afán de dominio político y económico. Esta crisis abre posibilidades insospechadas para crear nuevos caminos que, sostenidos en la experiencia de misterio, nos podrían llevar a crear toda una nueva relación y correlación con nuestra casa común. Una de respeto, de veneración-admiración por ser fuente de vida y expresión de Dios, y sobre todo dando paso a precautelar la promesa de Dios a todos los seres vivos de nunca volverá destruir la vida con otro diluvio.

Nuestra propia experiencia religiosa, lejos de temer a estas expresiones más amplias, encontrará caminos para amplificarse, y Dios verá que esto es bueno. En esto los pueblos originarios tienen tanto para enseñarnos como lo expresa la Encíclica Laudato Si, y sobre todo el Sínodo Amazónico,

expresando que “este camino requiere de una mirada crítica y autocrítica que nos permita identificar aquello que necesitamos desaprender, aquello que daña a la Casa Común y a sus pueblos” (Intrumentum Laboris).

3. **“Cuanto más penetramos en lejanía y profundidad en la Materia, tanto más nos confunde la inter-relación de sus partes.** Cada elemento del cosmos está positivamente entretelado con todos los demás. Es imposible romper esta red. Imposible aislar una sola de sus piezas sin que se deshilache toda ella. El Universo se sostiene por su conjunto”. Como dice la Encíclica Laudato Si’: “todo está interconectado”, y es urgente una conversión integral como se plantea en el Sínodo Amazónico como llamado eclesial y planetario. En este momento la categoría más importante en la historia humana parece ser: Ecología Integral. Debemos repensar todos nuestros modos de vida y estructuras sociales a la luz de ella, pero hasta ahora no la hemos comprendido.

El sistema planetario y civilizatorio se sostiene por su conjunto. Debemos recrear toda nuestra sociedad a la luz de esa visión de ecología integral, u otra pandemia vendrá pronto haciendo aún más daño, y porque la más grave de todas las crisis planetarias, la de la emergencia climática, nos llevará al final como civilización si no cambiamos YA. Debemos reconstituarnos con la ayuda de esta categoría, ecología integral, que pide una nueva epistemología desde la visión sistémica y de la complejidad en la interrelación de dimensiones que hasta hoy siguen fragmentadas: ambiental, económica, social, cultural, de la vida cotidiana, el bien común, la justicia entre las generaciones, y una espiritualidad del cuidado (LS 137-162).

4. **“No somos ser humanos teniendo una experiencia humana, somos seres espirituales teniendo una experiencia humana”.** En medio de esta emergencia climática y la actual crisis socio-ambiental debemos mirar el mundo desde esta perspectiva que lo cambia todo; solo podemos amar la tierra que habitamos y afirmar su otredad si descubrimos su verdadero rostro diverso y su identidad. Es decir, su *territorialidad* específica, lo cual significa comprender la tierra como bioma o sistema vivo, como espacio de interacción simbólica y material, como eje de relaciones de inter-conocimiento e inter-reconocimiento, y donde aspectos aparentemente intangibles como nuestra cultura, historia y espiritualidad, y la relación con el entorno natural, dan cuenta de quiénes somos, por qué lo somos, y, entonces, cómo podremos reformarnos desde dentro.

2. Laudate Deum: ¿una esperanza pascual para el cambio sistémico en el cuidado de la tierra ante nuestro fratricidio y matricidio?

Mi corazón se llena de sentimientos encontrados luego de leer, dejarme interpelar y orar con la Exhortación Apostólica “Laudate Deum”, que nos ha compartido el Papa Francisco recientemente. Invito a todas/os a adentrarse en sus páginas con un corazón abierto para dejarse cuestionar y ser con-movidos.

En el pasaje de Caín y Abel del Libro del Génesis capítulo 4, cuando Caín ha asesinado a su hermano por su deseo de ser reconocido y preferido por el Padre, la pregunta de Dios sobre el paradero de su hermano retumba para él y para todo el género humano por todos los siglos por venir: ¿Acaso soy yo el guardián de mi hermano? Esta es la misma pregunta que se nos hace hoy, y es la que, aun sin estar explicitada, desde “Laudate Deum” se nos reitera con radicalidad.

Hoy esa pregunta nos acecha: ¿Qué has hecho con la hermana-madre tierra y con todo lo creado que te he dado como llamado a tejer fraternidad-sororidad?, y nuestra respuesta, todavía hoy, sigue siendo: ¿Acaso soy responsable por todas las otras creaturas, por nuestra casa común, por mis hermanos y hermanas más vulnerables? La lectura de “Laudate Deum”, necesariamente hecha junto con y en continuidad con “Laudato Si’”, debe partir de asumir el acto fratricida y matricida con el que nos hemos relacionado con nuestra hermana y madre, la tierra nuestra casa común.

En un tiempo de colapso sistémico, de incapacidad de diálogo, de fracaso en dar respuestas relevantes y significativas a la enorme crisis climática, y de polarizaciones ideológicas en todos los ámbitos públicos (incluyendo —y de modo intenso— en nuestra Iglesia Católica), lo que más experimento con esta lectura es una sensación de claroscuro, de un gusto agri dulce, de un “ya, pero todavía no” que hace que para emprender su lectura haga falta una mirada escatológica para poder mirar la realidad con esperanza, sin perder la honestidad de reconocer que estamos en una hora profundamente oscura.

El primer llamado que siento es a leer “Laudate Deum” siempre, y necesariamente, considerando la Encíclica “Laudato Si’”. Se trata, sobre todo, de reconocer que “Laudato Si’” es un parteaguas en la historia en medio de la transición estructural de nuestra humanidad. “Laudato Si’” abre una puerta que busca transformarlo todo con relación a nuestra

comprensión sobre el todo integrado de nuestras vidas con nuestra casa común, y necesita seguir tocando las fibras de muchos corazones y estructuras. Sin “Laudato Si’” la Exhortación “Laudate Deum” podría quedarse como un documento coyuntural solamente, aunque esa sea su intención primera, impedida de tocar nuestros corazones, a pesar de su enorme relevancia, pertinencia y sentido.

¿Desde dónde nos interpela y hacia dónde nos quiere mover “Laudate Deum”?

“Laudate Deum” necesita ser ubicada en su justo tiempo y espacio, en la antesala de la Conferencia de Partes sobre Cambio Climático (COP 28) que se llevará a cabo en Dubái. La cual, con una mirada crítica y serena, se anticipa que será especialmente difícil y un potencial parteaguas para otra regresión debido a los intereses particulares que predominan en este momento y lugar. Por tanto, la Exhortación “Laudate Deum” es, seguramente, el grito del profeta en el desierto clamando por un cambio radical acercándose a la hora última. El grito es ensordecedor, y, aun así, parece que la sordera estructural nos impide recibirlo: el tiempo está cerca de acabarse, no hay tiempo que perder, es tiempo de cambiar.

Una lectura de esta Exhortación desde el sentido profético hace que tenga sentido y urgencia, a pesar de las muchas cuestiones que provoca, sin perder la luz de “Laudato Si’” que es faro estructural que nos sigue interpelando como Iglesia, y en muchos espacios fuera de ella.

Desde el punto de vista de los contenidos, su aporte ha de ser concebido como una confirmación de lo que le sucede a nuestra casa común, como complemento de unos datos cada vez más relevantes, alarmantes y absolutamente irrefutables sobre la crisis ante la que nos encontramos, sobre las consecuencias que ya estamos viviendo, y acerca de la confirmación científica de lo que ya estaba dicho: la aceleración del impacto climático es causada por nuestro estilo de vida y el modo de organizarnos como sociedad alrededor de un modo de consumo; el impacto es inminente y será cada vez más fuerte y más rápido, los más pobres y vulnerables serán los más afectados.

Finalmente, hay responsabilidades claramente diferenciadas con relación a los países y sociedades más desarrolladas que viven bajo el paradigma de sociedades de consumo con una ceguera estructural sobre los límites de este modelo, y, más todavía, sobre lo que esto implica para todos en el planeta, y sobre los que menos responsabilidad tienen con respecto a esta crisis climática. Es necesario, ineludible, una toma de conciencia y

de acciones más radicales ante esto, y para ello se alude con más fuerza a quienes tienen “poder”, sea político, económico, de movilización o de producir acciones de incidencia, para ser agentes de una transformación que no puede esperar.

Por otro lado, nos plantea una bella, quizás poco consolidada o incluso optimista, perspectiva sobre el multilateralismo y la necesidad de transformarlo desde la raíz. La intuición es magistral, el necesario desarrollo de una propuesta en este sentido es apenas seminal. Pero, en el camino de la Iglesia esto se debe leer como una semilla que debe ser cuidada y que debemos asumir de modo orgánico, todos quienes conformamos la Iglesia y la sociedad global, para buscar que se dé un cambio real en este nivel que es dominado por intereses mezquinos, momentáneos y económicos. Aquí está una de las claves más importantes para impulsar un cambio sistémico que se nos presenta en la Exhortación LD.

Otros capítulos cortos de la Exhortación nos ratifican lo que hemos escuchado en tantos sitios, pero que quizás no es conocido para muchas personas. Los intentos de las Conferencias de Partes sobre el Cambio Climático, y sus acuerdos y procesos precedentes, nos dan un balance más pesimista que esperanzador. Hay logros, no cabe duda, pero son tan lentos que frente a la crisis del tiempo presente parecen poco serios y consistentes con la realidad.

En los capítulos 4 y 5 se hace eco a lo que considero es la razón de esta Exhortación, su modo, tiempo y forma, que es la atención a la Conferencia COP28 en Dubái, aunque, francamente, me pregunto si un instrumento tan poco frecuente (por el peso que tiene) de una Exhortación Apostólica, que llega en un momento estratégico con relación a los espacios internacionales intergubernamentales, podría aspirar a un mayor impacto eclesial global. Pareciera que la evidente atención al inicio del Sínodo de la Sinodalidad, sobre todo en las esferas eclesiales, ha dejado este aporte algo reducido en su atención y alcance.

Llamados a una esperanza en el Espíritu en un mundo en emergencia climática

Mi invitación, siguiendo con lo dicho anteriormente, es a hacer una lectura espiritual de estos documentos esenciales para la Iglesia y el mundo, para encontrar el hilo que conecta y proyecta más allá de la coyuntura urgente. De lo contrario, podría parecer que esta contribución espiritual en “Laudate Deum” es un añadido necesario en un documento eclesial, y no la columna vertebral de todo este recorrido, cuando en realidad lo

es, y sin esa óptica el riesgo es que muchos de los creyentes, o personas de buena voluntad con acceso a espacios de incidencia, caigan en el pesimismo estructural que paraliza.

Invito a cada uno a acompañar este camino de reconciliación con el mundo que nos alberga, y a embellecerlo con el propio aporte, porque ese empeño propio tiene que ver con la dignidad personal y con los grandes valores. Sin embargo, no puedo negar que es necesario ser sinceros y reconocer que las soluciones más efectivas no vendrán sólo de esfuerzos individuales sino ante todo de las grandes decisiones en la política nacional e internacional (LD 69).

Comparto una invitación a hacer una lectura de la “Laudate Deum” desde la experiencia pascual de Jesús como único camino a la redención que es la fuente de cualquier cambio sistémico que se sostenga; de hecho, es el paradigma del cambio sistémico que marca un antes y un después en la historia de la humanidad. Estamos ante una crucifixión real y material de nuestra hermana y madre tierra; la contemplamos así, crucificada, en la que parece ser una antesala de la muerte, y seguimos inmóviles ante ella. Quizás, peor aún, seguimos infringiendo dolor y seguimos clavando lanzas en su cuerpo por nuestra ceguera estructural como humanidad, cuando en realidad ese daño nos lo estamos haciendo a nosotros mismos sin reconocerlo, sea por ignorancia o por negligencia.

Esto no es solo una imagen desde la fe, son rostros y vidas concretas también, quienes por los impactos de esta crisis climática están muriendo de diversos modos ante una mirada cómplice del resto, de nosotras y nosotros. Muchos están en la cruz hoy por las causas del pecado estructural, y entre ellos están los que están siendo crucificados por las consecuencias de esta emergencia climática.⁵

Sin embargo, en la esperanza pascual, la cruz ha de ser el puente hacia la Resurrección. Es decir, la muerte no tiene, ni podrá tener nunca, la última palabra. Morir en cruz, desde nuestra lectura de fe, es la ruta para volver a nacer. Nuestra hermana y madre tierra está en ese pasaje y en ese tránsito. Todo lo creado, incluyendo nuestro género humano, está en riesgo de muerte. Desde la fe somos llamados a reconocer los gestos *ecocidas*, *genocidas* y *suicidas* que marcan nuestro tiempo, y de la mano de Cristo, y en la locura de la fe en la Resurrección, somos llamados a redimir: a redimirnos, es decir convertirnos, y a co-laborar en esa redención.

⁵ Ver video: (2) Papa Francisco: Orar por la CASA COMÚN - YouTube

Que este llamado de la "Laudate Deum" se una a nuestra absurda y real certeza pascual para que el Señor traiga su Reino de vida plena y nos permita seguir teniendo vida y vida en abundancia en esta tierra sagrada, antes de que sea demasiado tarde.

***"Cuanto más vasto sea el mundo,
cuanto más orgánicas sus conexiones interiores,
tanto más triunfarán las perspectivas de la Encarnación"*⁶**

⁶ Pierre Teilhard de Chardin "El fenómeno humano". Editorial Taurus, Madrid. 1963.